

Año IV. Barcelona 31 de Diciembre de 1890. Núm. 186.

LA Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION 17:

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

ARTISTAS CÉLEBRES, POR ESCALER.



Periódico literario, ilustrado

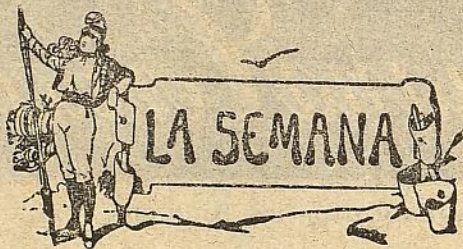
Administración: Vertrallans, 3, 1.º
Horas de despacho: de 2 á 4 tarde

Precios de suscripción
Barcelona. . . . 1'50 ptas. trimestre
Provincias. . . . 5 " semestre

Números atrasados: 1 real.



SICRID ARNOLDSON



Con motivo de la vista del proceso Gouffé, la cuestión del hipnotismo ha vuelto á ponerse sobre el tapete.

—El himno Tismo, el himno Tismo...—decía un chulo—¿qué himno será ese?

—Pues chico, una música muy aburrida—contestaba otro de la clase—porque dicen que le hace á uno dormir.

Sostenían muchos que la Bompard había obrado á sabiendas, con voluntad, discernimiento y premeditación probados—*constans et perpétua voluntas*, que dijo él de Roma;—afirmaban varios que Gabriela no había sido en el crimen más que una máquina de Eyraud ó una máquina de coser, y argüían otros que, aún supuesto ese caso, máquinas de tal naturaleza deben inutilizarse ó dejar que se pudran en un desvan.

—Nadie está libre de ciertos percances—decía una chica—hoy tiene una cada ojo así y mañana la encuentran en brazos de Morfeo.

—Pero hija, eso sería una inmoralidad, con permiso de la mi ología.

—Quiero decir que ahora estoy despierta y más tarde pueden dormirme.

—¿Quién?

—Cualquiera. Hay tantos que dan el opio...

Gracias á que los Tribunales no toman muy por lo serio eso de los sujetos hipnóticos, como ya se van desengañando respecto á la locura de ciertos procesados, que si no ¡aviadas estábamos las personas de bien!

El que más y el que menos de los reos confesaría entre lágrimas, ya en el banquillo de los acusados, su aptitud nerviosa para ser sujeto y no para ser sujetado de aquella manera.

Cada cual procuraría también colgarle el sambenito de hipnotizador al casero, á la mamá política ó á otra persona de su mal querer.

—¿Por qué robó V. aquellos billletes?

—Señor presidente, sentía una fuerza irresistible é interna.

—¿Interna del todo?

—O por lo menos medio pensionista. Era la voz de mi ex-novio Arturo la que me arrastraba por el camino de la perdición.

Yo dudo del hipnotismo; pero creo mucho menos que á nadie le hipnoticen á la fuerza.

Es decir, que el *sujeto* siempre resulta responsable. Por haberse dejado hipnotizar.

Que hay culpable por sugestión, de eso no cabe dudar.

Ahí están los ministros de Hacienda.

A quienes acusan por su-gestión económica ó administrativa.

El gordo no ha caído; se ha dejado caer. Era mucho peso el de los diez millones para dejar que el premio mayor volase á provincias y por eso, sin duda, se ha descolgado sobre la villa y corte, con la natural alegría de los «gatos» y «gatas» de Madrid que si el premio no se hubiera ido á la Habana, habrían pasado van á pasar un Enero como pocos.

Aquí en Barcelona continuamos sin novedad en nuestra importante salud.

La suerte no nos ha sido propicia y á no ser por la derogación de la base quinta de los aranceles, todo desengaño y dolor sería hoy en nuestros protectionistas corazones.

—¡Yo que había echado mis cuentas con el gordo!

—¿Qué lastima! Hay para enflaquecer.

—Lo peor es que había tomado dinero á cuenta de los diez millones.

—Pues ha sido un desengaño.

—Para mí; ya lo creo.

—No señor, para el prestamista.

La fábula de la lechera ha vuelto á ponerse en acción como todos los años, pero como las ilusiones divierten al fin y al cabo, justo es que esa diversión se pague lo mismo que las demás.

—También aquí ha caído un premio de los mayores.

—¿De veras?

—Si señora ¿sabe V. quién ha sido la agraciada? Fulanita, la de aquí encima.

—¡Sarcasmos de la fortuna! Ella agraciada y es más fea que una noche de truenos.

Hay quien jura y perjura que no vuelve á poner á la lotería, así lo maten.

—Usted ¿jugaba mucho, Fulanito?

—Un décimo, como siempre.

—¿Para usted solo?

—Si señora; es decir, para el Gobierno. Estoy abonado á un número para todas las extracciones.

—Pues hace V. muy mal; porque corren voces de que el gobierno nunca mete en el bombo esos números cuya renta tiene asegurada.

Se acerca la fiesta de Reyes.

Los niños sueñan con los reyes magos que recorren las calles á altas horas de la noche, agarrados á los hierros de los balcones, como gorilas domesticados.

Los gibosos camellos de ancha pezuña y hocico curvo, soportan el peso de grandes canastas llenas de juguetes y una esplendorosa estrella de cinco rayos señala á los amables monarcas en donde han de colocar sus regalos, parándose un momento allí donde vive un niño aplicado ó una niña buena.

Entre tanto, las ventanas y los balcones parecen escaparates de zapatería.

No son los niños solamente quienes en víspera de Reyes hacen pasar al calzado una noche en vela.

Sujeto conozco que dejó en el balcón los zapatos, creyendo que á la mañana siguiente se pondría la

botas y luego resultó que vino á quedarse sin nada, porque los balcones eran bajos y hay rateros de muy buena estatura.

—Papá—dice un niño—¿qué me traeran los reyes?

—No lo sé, hijo mío.

—Yo quiero que me traigan un caballo.

—Ya veremos si te lo traen.

—Yo no quiero más que eso. Si me traen otra cosa, la romperé.

—Y ¿en qué conocerán que quieres un caballo?

—En que pondré al balcón tus botas de montar.

LUIS ROYO VILLANOVA.

SEGURIDADES

—¿Que yo te olvido? ¡Bah! ¿Que yo te olvido? Quien te ha dicho tal cosa, te ha mentado:

tanto y tanto te quiero,
y estoy de mi ilusión tan poseído,
que por ser yo tu amante... me venero.

¿Que yo te juro en falso?...

¿Cuando darme amor tal al cielo plugo,
que iría sonriendo hácia el cadalso
si besabas el hacha del verdugo!

¿Quién te contó tal falsedad?... ¿Andrea?

¿Esa mujer monstruosa,
que, envidiándote, acaso, por hermosa,
quiere ver si el dolor te vuelve fea?

Siempre fué para el bien bastante tarda,
y yo me explico su bastardo anhelo,

pues camina sin ángel de la guarda...

¡Todo ángel que la mira se acobarda,
y se vuelve otra vez, llorando, al cielo!

No hagas caso, inocente,
pues tiende, de seguro, en sus antojos,
á borrar de tu frente

la luz que hasta ella sube de tus ojos....

¿Cómo ha de hacer á tu cariño agravios
el hombre que en tu calma ve su calma,
y que siente que el alma

no tenga rostro, y en el rostro labios?

No dudes nunca, ni mi olvido llores...

Colócate esa flor sobre tu pecho...

Aunque, al verla en tal sitio, me sospecho
que á él, con envidia, saltarán mil flores.

LUIS DE ANSORENA

Un tío puesto en un brete, ó el asunto de un juguete.

(Enredijo epistolar
que nadie va á descifrar.)

I.

Entrañable Clemente: Yo sentiría
darle un susto á tu tío y otro á tu tía,
pero si no me mandas los treinta reales
que há un año me pediste, por Carnavales,
les digo á tus parientes lo que me pasa,
y les cuento tu ho con la Tomasa,
aquella bigotuda que es planchadora,
les digo que te has vuelto muy indecente,
que un día te burlaste de mi señora,
y que siempre te veo con mala gente,
y veremos entonces, señor tunante,
la homilia que te largan desde Alicante.
¿Te das por enterado?—Tuyo: *Vicente*.

Apreciable Clemente: Si transcurridas
seis horas no me mandas las consabidas
treincinco pesetas, voy y le entero
á tu tío don Sabas, el panadero,
de que eres un tunante de siete suelas,
de que un día te saltan todas las muelas,
por portarte á lo perro con las mujeres
y de que nunca cumples con tus deberes.

II.

Estimado Vicente: tratas en vano
de apelar á un remedio tan inhumano,
propio sólo del gremio de acreedores;
por Rufino, á quien debo muchos favores,
y, lo que es más sensible muchas pesetas,
ha sabido mi tío todas mis tretas...
¿Y sabes lo que ha dicho, caro Vicente?
pues que no desconfía de su: *Clemente*.

Adorado Francisco: Llegaste tarde
para usar de ese medio, que es tan cobarde...
Vicente ha escrito al tío de mis entrañas
relatándole algunas de mis hazañas.
¿y sabes lo que ha hecho con el escrito
mi tío, que me quiere con entereza?
Pues... dedicarle al ramo de la limpieza...
Tu amigo que te quiere: *Clemente Pito*.

III.

Señor don Sabas Pito.—Muy señor mío,

UNO DE TANTOS, POR MELITON GONZALEZ

(Música de «Trafalgar.»)



Emma Pulpi, la gran diva,
con el Marqués de Finflaa
y el Barón de Lameligos
se van juntos á cenar
y bromean hasta las dos
ó tres de la madrugada
y después ellos esperan...
Tan, tarantan, tarantan
Tarantan.

UNO DE TANTOS, POR MELITON GONZALEZ

(Música de «Trafalgar.»)



Este es Giovanni Spavento,
de la diva esposo y... tal,
y se conforma con todo,
mientras que *guita* le dan
con que comprarse un cencerro.
Fíjate bien y verás
que le sueña y que le cuelga..
Tán, tarantan, tarantan
Tarantan.

Yo comprendo, don Sabas, que es usted un tío, pero, á pesar de todo, la verdad pura es lo que un tal Vicente Pito asegura respecto á su sobrino. Yo le conozco muchísimo á Clemente.—*Francisco Orozco.*

Señor don Sabas Pito: Cuanto le escribe Orozco de Clemente, yo, el que suscribe, aseguro ser cierto, porque lo he visto.— Su servidor seguro: Vicente Pito.

Se tirará aquí el tío de las patillas, cantará acto continuo diez seguidillas, que harán dormir á muchos espectadores, pondrá después la cara de tres colores y si así no se ríen los concurrentes, saldremos los autores, cual diligentes *pinches*, en escuchando cuatro palmadas, y reiránse entonces los asistentes á carcajadas!...

FERNANDO SEGURA.

La pandereta de la alcaldesa

¡Por fin!... Todo sucede en este mundo y tras de tanto esperar á que pasase aquel interminable otoño que no se acababa nunca, había llegado el día de ir por las panderas á la ciudad... ¡Con tal que no lloviese!... Porque lo que es el tiempo no podía presentarse peor... Hacía un mes que no cesaba de diluviar, cayendo sin dejarlo una llovediza espesa que empapaba el campo y producía un continuo rumor de gotas golpeando en el follaje de las arboledas y en los vidrios de las casas..

Muy temprano, en cuanto el gallo le dió al alba los buenos días, se tiraron los chicos de la cama, pegaron á la ventana las narices y se pusieron á atisbar el cielo; el horizonte estaba cerrado, pero no llovía. Frotándose las manos de frío, charlando uno con otro para dar escape á la alegría que les retozaba por el cuerpo, se vistieron los dos hermanos en un periquete, metieron los pies en los zuecos, cogieron el farol, lo encendieron y se encaminaron á la cuadra.

El arreglo del carro corría siempre á cargo de los dos mocetes; cuando el padre entraba en la cuadra ya se encontraba el vehículo casi listo. Así la Sardinera, la enorme mula parda que llevaba en la alquería no sé cuantos años, conocía á los chicos hasta en el andar. Era cosa muy singular; al granjero le costaba trabajo manejar á la mula, y los dos chicos, desde pequeños, se la llevaban por donde querían, obediéndoles con una docilidad de perro; en cuanto les sentía, volvía la cabeza á mirarlos y echaba detrás de ellos, engulléndose las hojas de lechuga que los chicos le regalaban, con los ojos cerrados de gusto y sin lastimarles en lo más mínimo los dedos con sus descomunales dientes. En cuanto á las criaturas, adoraban á la mula, se habían criado sobre sus lomos y á los once y catorce años, que ambos contaban, todavía se abrazaban al cuello del animal, con la efusión que cuando se paseaban en sus ancas camino de la fuente, en aquella edad de oro de los albores infantiles.

Los rapaces acompañaban á su padre casi siempre que éste tenía que llevar grano al mercado de la ciudad, para cuidar del carro mientras el granjero se entendía con los acaparadores; de modo tal, los muchachos estaban enterados de como andaba el arreglo de los tenduchos de feria que se armaban por Pascua en el paseo de la población. Dos días antes habían visto colgadas las panderas en los

puestos; ya podían, pues, volcar la hucha y comprarlas para arremeter con ellas en la zarabanda del señor alcalde, que prometía dejar memoria del día de Reyes.

En cuanto la mula sintió á los muchachos, ladeó como siempre la cabeza para mirarlos y les relinchó; los chicos la palmotearon cariñosamente en el cuello, la pusieron un buen pienso en el pesebre, que el animal comenzó á engullir bocado á bocado; luego la aparejaron en un instante, sin colgarle el collarón la sacaron al corral á beber agua y después que se hartó, la engancharon al carro, que ya sustentaba en sus costillas de tablones un respetable número de sacos de cebada. El mayorcito de los hermanos, llevando á la mula del diestro, sacó el carro del portalón, y ya el vehículo en el llano, se montaron padre é hijos, tomó el granjero las riendas, largó un estruendoso latigazo al aire y azuzó á la mula para que a... se; la mula no se resistió, venteó el ambiente con delicia y se lanzó camino adelante, con su paso castellano, igual y seguro. El granjero no necesitaba estimularla con las riendas; diríase que la mula sabía que iban por las panderetas de sus amos, y enseguida empezó con su trotecillo rápido, tragándose el camino que era un primer.

Lo primero era lo primero y el hombre llevó, ante todo, su grano al almacén del mercado, avistándose con los acaparadores; luego dejó el carro en la posada y se marchó con los mocetes á la feria á comprarles las panderas. Toda la mañana se les fué pasando revista a los tenduchos sin hallar una pandereta que valiera dos cuartos... ¡Parecía mentira!... Ellos querían dos panderetas de rodajas dobles, que ostentaran en el parche algún asunto de toros, como las que poseían el hijo del alcalde y la sobrina del síndico... Nada, no quedaba nada decente... Dos ó tres panderetas de á real y medio... Era imposible llevar al lugar semejantes trastos... ¡Dios mío, qué desgracia!... Por culpa del grato, que no pudo ser trasladado antes al mercado, no tenían ellos pandereta como los otros chicos... Inútilmente recorrieron toda la feria y al fin, molidos, tristes, meditabundos, á punto de echar á llorar, montaron en el carro y tomaron otra vez hacia el pueblo.

Cuando la tarde cuando entraban por la calle Mayor y torciendo en derechura á su casa, al pasar por el corral de la alcaldía, oyeron voces de mujer, airadas y furibundas, y el llanto de un chico que berreaba escandalosamente. Por instinto miraron padre é hijos hacia el lugar de donde salían los alaridos y por

el portón abierto, vieron un espectáculo singular: la alcaldesa, hecha un energúmeno, tenía cogido á su rapaz por la cabeza y con la otra mano y á calzónes enjutos, le arrimaba una azotaina descomunal, palmoteándole de un modo formidable las posaderas desnudas y llamándole pillo y truhan con gran encono; indudablemente, el chico del alcalde había cometido alguna trastada de las gordas...

El padre no dijo una palabra y siguió azuzando

á la mula con un ramal; los chicos se miraron y sintieron sin darse cuenta, cierto alivio en la murria que traían; se miraron uno á otro y el mayor, echándose á reír, coreándole su hermano á carcajadas, gritó á la postre, poniendo las manos huecas sobre la boca para aumentar la voz:

—Anda, señá Celonia... ¡Bien toca Vd. la pandereta!...

ALFONSO PEREZ NIEVA.

EPISTOLA

Señor juez del distrito:
si le molesto
pido perdón;
yo soy un pobrecito
que está espirando
de inanición.

El cielo me ha obsequiado
con nueve chicos,
suegra y mujer,

y estoy desesperado
sin dos pesetas
ni que comer.

Yo he servido bastante:
tuve un empleo
de la nación;
pero ahora estoy cesante,
gracias á un cambio
de situación.

Mi familia me apura;
de cada puerta
sale un inglés;
el casero me augura
que me despide
dentro de un mes;
en la tienda de enfrente
tengo una cuenta
como un misal

¡no comemos caliente
desde el Domingo
de Carnaval!

Pasamos los instantes
todos sentados
en un rincón,
esperando anhelantes
apoderarnos
de algún ratón.

Lleva un traje mi hijo
con cada roto
descomunal,

si le ven, va de fijo
preso por faltas
á la moral...

En fin, no he de cansarle,
ya habrá entendido
mi situación.

Ahora voy á esplicarle
sucintamente
mi pretensión.

Aunque los desengaños
y los reveses
no tengan fin,
y aunque hace ya dos años
que estoy sufriendo
las de Cain,

no escribo estos renglones
porque me piense
ya suicidar,
que aún tengo obligaciones
y una familia
que sustentar;
le cuento mis apuros
para pedirle
sólo un favor,:

mándeme cinco duros
si es que los tiene,
con el dador.

Con esto me despido
y usted dispense
la libertad.

Su siempre agradecido:
*José Fernandez
de la Ciudad.*

Al que escribió esta esquila
el juez de guardia
le vió después
con una damisela
cenando á solas
en el Inglés.

FERNANDO MANZANO.

UN CIGARRILLO

I.

—¿No fuma usted?—dije, alargando un cigarro de papel á Nolasco, un anciano periodista de gran actividad y notable instrucción.

Hizo un gesto de disgusto, rechazando la oferta. En efecto, olvidé que jamás le había visto fumar, y como por broma, pensando que una repugnancia física le hacía enemigo del tabaco, insistí.

—Vamos, fume usted siquiera por una sola vez—y volví á alargarle el cigarrillo.

—¡Fumar yo!—exclamó espantado y palideciendo al ver cerca de sí el cigarro de papel. —¿Qué quiere usted de mí, amigo mío?—añadió exaltado, huyendo del cigarro como de un arma venenosa.

Yo me eché á reír.

—Vamos, un cigarillo... Y tomé expresión de Yago malvado, de Sancho socarrón y de Mefistófeles tentador.

—He fumado—contestó. —¡Oh, por Dios, deje-me usted! ¿No le basta mirarme? Un cigarro me hace sufrir horriblemente.

Estaba lívido; al espanto, sucedió luego la irritación. Nolasco debió, en efecto, padecer mucho en tan brevísimo tiempo. Su seriedad me impuso.

No volvimos á entablar conversación, pero cuando salíamos los dos del despacho, me dijo:

—¿No me había usted pedido un tomo del *Diccionario Enciclopédico*? Pues ahora podemos pasar á recogerle en mi casa, si usted me acompaña.

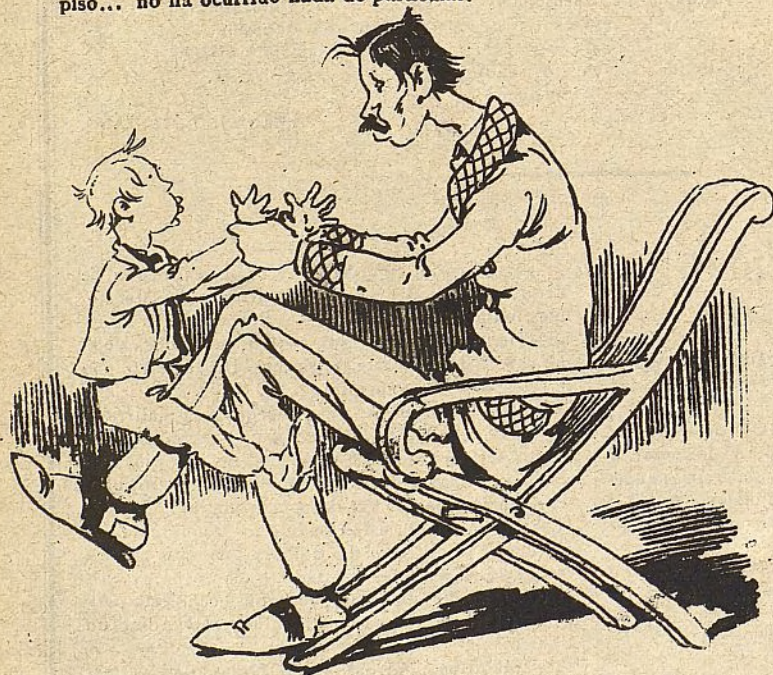
Recordé que, en efecto, le había hecho esta petición. Al llegar á la calle, distraído, volví á liar un cigarro.

—¡Malditos cigarros! —dijo Nolasco al verme.



—Diga Vd., portera: ¿ha ocurrido algo durante mi ausencia?

—Pues mire Vd.: salvo que hubo un incendio en la casa y que la señora se fugó con un teniente y que luego vinieron unos ladrones y limpiaron el piso... no ha ocurrido nada de particular.

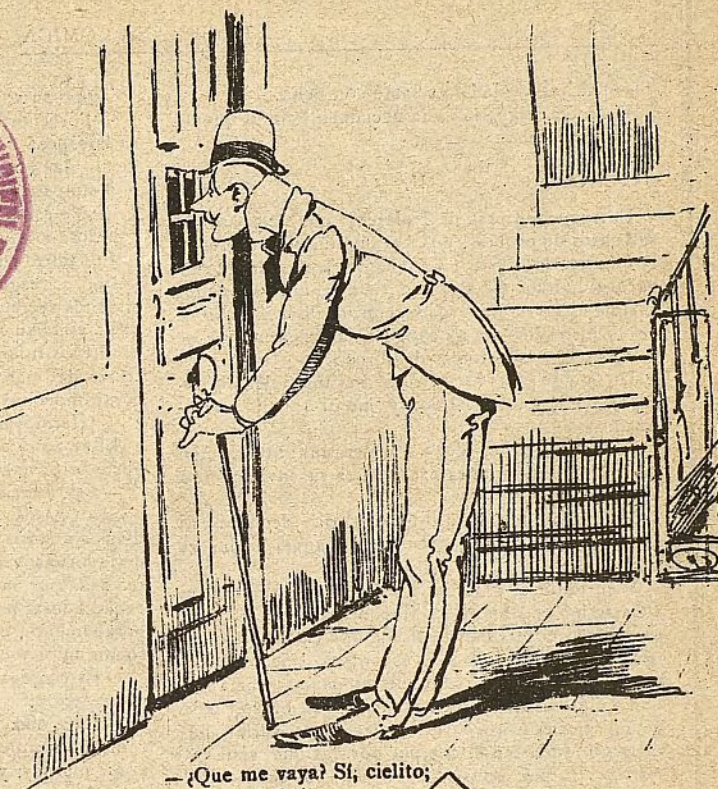


—Y cuando nací yo ¿estabas tú en casa?
—Yo no, hijo-mío: yo estaba de viaje.
—Y mamá ¿estaba?

LA SEMANA CÓMICA
DE TODO UN POCO, POR «MECACHIS.»



¡Quien tuviera el volar de la avecilla
que entona melodiosas serenatas
del arroyuelo en la fragante orilla,
y un tesoro de amor... y una tortilla
guisada con muchísimas patatas!



—¿Que me vaya? Sí, cielito;
pero para ser feliz,
asoma antes la nariz
¡y te daré un mordisquito!



—Con que, señor D. Gaspar,
beso á Vd. la mano. —¿Eh?
¡Recórcholis, suelte usted!
¡Vaya un modo de besar!

—¡Ah! es verdad—exclamé con pena.

Y sin embargo, me reía neciamente de lo que no podía explicarme.

II.

Entramos en casa de Nolasco, me hizo pasar á su cuarto de estudio: una barahunda de papeles y una Babel de libros le llenaban; era aquella una espaciosa habitación, decorada con sencillez. Anchos cortinajes de cretona gris, con borlones, caían á uno y otro lado del balcón. En altos armarios se veían escalonadas líneas de libros.

De una de éstas sacó Nolasco el tomo del *Diccionario* que le había pedido, y me dijo con amabilidad:

—Ahora, amigo, debo á usted una satisfacción por mi impertinente rareza contra su invitación á fumar...

No comprendía bien lo que quería decirme, ni me explicaba por qué insistía sobre aquel hecho ya olvidado.

Y en tanto él se ponía á arreglar su estante, mi vista se fijó en uno de los rincones del cuarto y se me ofreció la terrible huella de una catástrofe, que sin duda debió haber sido espantosa. Una señorita, no tan alta como la palma de mi mano, yacía en tierra con la cabeza rota, manca de un brazo, coja de una pierna y lisiada de la otra; tenía varias heridas profundas en el cuerpo, por las que salía el serrín... Un poco más allá se veía un carrito sin ruedas y con el toldo roto á desgarrones y un caballo despelado y magullado; evidentemente allí había acaecido un vuelco trágico. En esta casa hay un niño por lo menos, me decía, porque todo aquello daba color y alegría al estudio—despacho de mi amigo, que á quitarlo de allí hubiera tomado la habitación el tinte sombrío y el aspecto de una celda.

Me predispuso esto á esperar la entrada de algún loquillo ó de algunos alborotadores y risueños que viniesen á socorrer á la pobre muñeca, curar al caballo y arrastrar el carrito por el suelo.

Estaba el anciano periodista descargando una silla sobre la que había una torre de periódicos y me indicaba asiento en ella, cuando entró en el cuarto una preciosísima niña como de unos diez años, y se abrazó á las rodillas de mi amigo; una señora de mediana edad asomó su cabeza por el vano de la puerta. Era la esposa de Nolasco; me saludó con una leve inclinación y quedóse mirando sonriente á la niña y al padre.

—Hola, papá—dijo la niña gozosa.

Mi amigo no había abandonado su aspecto triste, y sentándose, tomó con sus manos la cabeza de la niña, y dijo:

—¿Verdad que es bonita? Mire usted—y se dirigió á mí. Me acerqué á besar á la hija de mi compañero, una niña de blondos cabellos, cara hermosa, palpitante de alegría, una frente blanquísima que esperaba un beso y unos labios chiquititos que prometían mil.

—Esta es mi Carmencilla—dijo Nolasco.—¿Ve usted sus ojos? Son hermosos; por ellos ve la luz, ve el cielo, nos ve, contempla sus flores y sus juguetes, lo ve todo.

Tomó su voz un acento extraño al decir esto.

—Por Dios, Nolasco—exclamó en tono de súplica la esposa de mi amigo. A mi pesar, y sin entender lo que acacia entre aquellos corazones, sentí el mio simpatizado por la tristeza que les apenaba.

—¿Ve usted estos ojos?—continuó Nolasco, dirigiéndose á mí.

Los miré, en efecto; eran hermosos, de largas pestañas, rasgados, españoles; la luz arrancaba de ellos los secretos de reflejos irisados; en su fondo se adivinaban transparencias inocentes, un mundo de sueños infantiles, divinos pensamientos, como á través del mar diáfano se perciben las magias del coral, indecisas y riquísimas.

—¡Hermosos ojos!—dijo.

El anciano se dirigió á una puerta contigua y la abrió bruscamente.

—Sal, Lucia—dijo.

Sentí pasos, y apareció á mi vista una jóvea de dieciocho años, esbelta, elegante, de pelo rubio y de la misma hermosura que la hija de mi amigo, realizada por la esplendidez de una adolescencia encantadora; por misterio inexplicable, andaba reposadamente, con las manos extendidas como los sónambulos y con los ojos cerrados.

—Es ciega—gritó con voz honda y ahogada el pobre padre.

—Hace diez años—continuó—vino ella á mí, como ha venido hoy su hermana Carmen, se abrazó á mis piernas; yo tenía un cigarrillo en la boca, porque era fumador incorregible, y la niña regocijada y cariñosa, dióme, al chocar conmigo, un golpe tal, que no tuve tiempo, ó tan imbecil fui que no le hallé, de quitar el cigarro de los labios; se descompuso el fuego, cayó esparcido en chispas y la niña gritó con voz agudísima: había caído en sus ojos.

Y cegó... Todo cuanto después se hizo fué inútil. Desde entonces, amigo, cuando pienso en que por un frívolo gusto mio perdió sus ojos... ¡Oh! aborrezco lo que me recuerda tan terrible desgracia.

Nolasco calló, como si en su ánimo se reprodujera con toda violencia la desesperación que le hubo de causar el suceso. Llevó hacia sí á su hija y abrazándola, con sentimiento exaltado:

—Yo, que la idolatro, la he privado del sol!—exclamó.

Sentí un frío intenso, dos lágrimas brotaron de mis ojos, y con la mano que tenía en el bolsillo del pantalón estrujé mi cajetilla de cigarros, y hubiera estrujado, fanatizado por la emoción, á los 900 millones de fumadores que hay en el mundo.

Para que se vea cómo lo trágico puede saltar de la chispa de un cigarro.

JOSÉ ZAHONERO.



POR UN BESO

Dios exclamó de improviso,
viendo á Adán, en noche negra:
—¿Por qué te muestras remiso?
¿No es tuyo ese paraíso
que el sol refulgente alegra?

Adán, que escucha el acento
de Dios, que en torno circula
del callado firmamento,
quiere hablar, y el sentimiento
sólo un suspiro modula.

—¡Tu corazón ardoroso
quizás en vano se exalta!..

— Señor, á este Edén hermoso,
prorrumpe Adán tembloroso,
no sé... no sé que le falta.

—Tu noble y audaz anhelo
casi á delirar te lleva,
mas yo te daré consuelo;
dice Dios... y como un cielo,
brilla entre jazmines Eva.

Poseído de locura,
mira el hombre á la mujer;
y ante tan rara hermosura,
toda su esbelta figura
se estremece de placer.

--Anhelo dichas mayores.
—¿Por qué en pedirme vacilas?
—Quiero luz y resplandores.
Y Eva, radiante de amores,
abre sus dulces pupilas.

—Quiero una esencia preciosa
nacida de una quimera.
Y Eva, cual la luz hermosa,
con labios de fresca rosa
sonríe por vez primera

—Aun más mi espíritu ansía,
clama Adán que se atolondra;
quiero ámbar, luz y armonía.
Y Eva, en quien Dios se extasia,
da curso á su voz de alondra.

Puesto aquél fuera de tino,
cual revuelto torbellino,
sonríe, llora y exclama:
—Quiero un no sé qué divino
que apague esta intensa llama.

Eva, sin mostrar agravios,
cierra, con dulce embeleso,
sus negros ojos arabios;
y abriendo sus rojos labios
brinda al hombre el primer beso.

Adán, al contacto breve
de tan hechicera boca,
no respira ni se mueve,
y aun á imaginar se atreve,
que es ilusión cuanto toca.

Vuelto en sí del vivo pasmo,
quiere volar de Eva en pos,
mas Dios calma su entusiasmo
diciendo:—¡Rudo sarcasmo!
¡La mujer antes que Dios!..

Adán, á quien nada arredra:
—Quiero, murmura, Señor,
como la amorosa hiedra
que vive asida á la piedra,
vivir asido al amor.

¡Blasfemo! el Hacedor grita
quiere Adán retroceder;
mas Eva, con faz marchita,
lejos de él se precipita,
y huye Adán tras la mujer.

Pónese el Edén en guerra,
y el hombre, con loco exceso,
trueca, en la escarpada sierra,
todo el placer de la tierra
por el deleite de un beso.

ERNESTO NOBOA.

LOCA DE AMOR

Me amaba tanto la infeliz Consuelo
que un día su razón subióse al cielo
(si es que al dejar la vida
se sube al cielo la razón perdida.)

Sin que á nadie le asombre,
diré que la llevaron á un encierro
y en la verja de hierro

.. loca de amor pusieron tras su nombre.

Un extranjero, médico alienista,
profundo observador, . corto de vista
visitó el manicomio, y su mirada
se fijó en el encierro de mi amada.

Sospeché la existencia de un arcano,
y al preguntar: —¿Qué dice ese letrado?—
le contestó un loquero:

—Loca de amor, es tonta en castellano.

Esa dice «que un hombre espera atento

á que torne á la luz su pensamiento
para brindarle goces y alegrías.»
¡No se pueden decir más tonterías!

Se imagina que muere
sin cobrar la razón, y él que la quiere
con pasión sin igual por lo insensata,
la da un beso frenético y se mata.

Otras veces también exclama á gritos:
«¡No estoy loca, no, no, serés malditos!»
¿Que culpa tengo yo—ya humilde gime—
si no entendéis mi amor porque es sublime?»

¡Cuando esas frases manan de su boca
no delira su mente extraviada;
tiene razón mi amada...
y, sin embargo, dicen que está loca!

JOSÉ BORRÁS.



—¿Y qué tal en su nuevo estado?
—Muy bien, hijo. Desde que me casé engordo tanto, que... francamente, creo que Dios se ha distraído y me ha confundido con mi mujer.



—¡Pillo! —¡Alevel! —¡Criminal!
—¡Crue! —¡Infame! —¡Demonio!
(Escena de un matrimonio,
tomada del natural.)



—¿Y tú qué opinas del matrimonio?
—Te diré: la mujer propia es como un duro: si la miras por un lado es cara y si la miras por el otro... es cruz.



—Me extraña mucho que llevándote tan mal con tu suegra, tengas aquí su retrato
—Es que lo hago sólo por el gusto de tenerla colgada, aunque sea en el ígie.

COMENTARIOS, POR LAGO



—De modo que si la Bompard se dejaba pegar por Eyraud porque éste la tenía hipnotizada.. resulta que á mi me tiene hipnotizado mi mujer.

CONFITEOR

—Padre mío, me confieso
de que anoche á Soledad
le di en los labios un beso.

—¡Jeas! ¡qué barbaridad!

—Ella se puso contenta
y enseguida me abrazó.

—¿Es que Lucifer la tienta!

—No, señor; ¡la tiento yo!

—Pero, hombre, ¿estás conde-

—¡Soy debil! [nado?

—¡Eres injusto!

¿Es que te gusta el pecado?

—¡Es que el pecar me dá gusto!

—Muchacho ¡no seas perverso!

..¿y es guapa esa condenada?

—¡No hay en todo el universo
chiquilla mejor formada!

—¡Pues vas al infierno, chico!

—¡Lo arrostro por su pasión!

Padre... ¡qué cuerpo más rico!

—¿Cómo, rico?

—¡De pistón!

—Pero ¿es que ella te lo enseña?

—Eso nunca, padre mío;

la veo desde una peña

cuando se baña en el río.

La hermosa por quico suspiro

de mi pureza no duda,

y no piensa que la miro

¡y entra en el baño desnuda!

Ante aquellas desnudeces

soy más loco cada vez,

¡y tengo envidia á los peces!

—¡No estas hecho tú mal pez!

—Yo me tiro de los pelos

cuando la veo tan guapa,

¡y me dá la mar de celos

la sábana en que se tapa!

—Y á veces alucinado

¡no te has querido arrojar

al río!

—No me he arrojado...
porque yo no sé nadar.

—Bien; pues escucha un mo-

Dé ese maldito desliz [mento.

yo no te absuelvo, y lo siento,

porque eres un infeliz.

Enmiéndate, por favor,

y témele á Satanás,

y aunque te ahogues de calor

¡no vayas al río más!

Da al olvido á esa mujer,

si anhelas tu salvación.

—Padre, eso no puede ser

mientras mande el corazón.

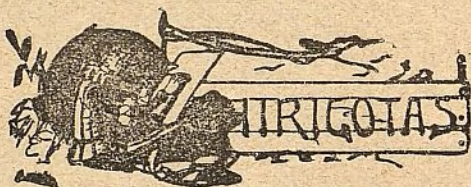
—Pues en el mar del pecado

bien pronto te vas á ahogar.

—¿Y porqué he de verme ahogado?

—¡Porque no sabes nadar!

JOSÉ MIGUEL ALMODÓBAR.



El teatro catalán está de luto.

Leon Fontova, el actor excelente é inimitable, el primero indudablemente entre los actores todos de España, ha fallecido.

LA SEMANA CÓMICA, al hacer público el testimonio de su simpatía y admiración hacia el artista que ha muerto, se asocia con toda el alma al dolor que su pérdida—que es verdaderamente irreparable—ha producido.

Descanse en paz el actor que fué honra de nuestro Teatro regional.



Nuestro querido amigo y excelente colaborador D. José Zahonero, ha tenido el pesar de ver morir, á uno de sus hijos, niño de pocos años, que era el encanto de sus hoy afligidos padres.

Reciban el queridísimo amigo y su estimable esposa la expresión de nuestro sincero pésame por tan irreparable desgracia.

En el próximo número de LA SEMANA CÓMICA—primero de la colección de 1891—inauguramos la serie de reformas de que hablé á Vdes. en el número pasado.

Repartiremos con él una portada de Cilla, (portada para el tomo de 1891) tirada á 6 colores; á pesar de lo cual el número no valdrá más que

15 CENTIMOS EN TODA ESPAÑA

Respecto á nuestros propósitos para el año próximo... ¿qué he de decir á Vdes? Nada; por encima de todas las promesas están los hechos y á ellos me atengo. Yo haré y Vdes. juzgarán y... ¡Dios me perdone! creo que me aplaudirán.

Con esto y con que tengan Vdes. una entrada de año tan feliz como yo los deseo, quedarán colmadas las aspiraciones de su atta. s. s. q. s. m. b.

LA SEMANA CÓMICA.



Un sábio deseaba
el vacío encontrar, y noche y día
sin tregua se afanaba
por calmar su porfía;
hasta que al fin, pasados muchos años,
después de mil amargos desengaños,
hallóle por un medio muy sencillo,
metiéndose la mano en el bolsillo.



Un cacique de tribus maleantes
se almorzó á una señora con guisantes:
y uno de sus guerreros
se cenó cinco padres misioneros.
*¡Ay! Cuando el hambre aprieta
ni familia ni estado se respeta.*



LIBROS RECIBIDOS.—*Almanaque de «La Tomasa»* para 1891, con excelentes grabados y texto variado y ameno. Precio: dos reales.

Almanaque del Cencerro, con dibujos de Cilla, poesías y artículos de excelentes escritores. Precio: dos reales.

Delirium tremens, colección de poesías de don Pedro Barrantes. Precio: dos pesetas.

Madrid en broma, colección de artículos de don Luis Taboada, con ilustraciones de Pons: 5 pesetas.

La Garba, colección de poesías de Apeles Mestres, á la cual dedicaremos la semana que viene la atención que merece.

Y, por último, se han publicado también, *La Espuma*, novela de Armando Palacio Valdés, con ilustraciones de Cuchy, y *La febre d'or*, novela de D. Narciso Oller, á la cual, cuando con más conocimiento de causa podamos hablar de ella (pues hasta ahora no va publicado más que el tomo primero) lo haremos con la extensión que merece esta obra del insigne novelista catalán.

Cuadro de honor

CORRESPONSALES

que nos deben y no nos pagan

	Ptas.
D. Ignacio Guerola, de Valencia	261
» P. García de Valladolid, de	
» Murcia	152'68
» Severino Valdés, de Gijón . .	105'50
» Pedro Arnaez, de Avila . . .	106'80
» Ramón Perez, de Alcoy . . .	50'38
» E. Araujo Boderó, de Lugo. . .	64'50
» J. Julián, de Almería	30
» Juan J. del Aguila, de Vigo . .	46
» Manuel Garrigós, de Murcia	65'40
» Constantino Vilasau, de Palafrugell.	
» Miguel Escobedo, de Novelda	19,62
» Santiago Perez, de Cáceres . .	18
TOTAL. . . Pesetas	919'88

Imp. de Calzada. Arco del Teatro, 9, pasaje.

LISTA POR ORDEN ALFABÉTICO

DE LOS AUTORES CUYAS FIRMAS HONRAN EL PRESENTE TOMO

<p>A.</p> <p>» Teodosio de Acevedo</p> <p>» José M. Almodobar</p> <p>» Manuel Amor Meilán</p> <p>» Luis de Ansorena</p> <p>» Vital Aza</p>	<p>L.</p> <p>» J. M. de Larra (<i>Figaro</i>)</p> <p>» Antonio Liminiana</p> <p>» Constantino Llombart</p> <p>» J. Lopez Silva</p>	<p>» Federico Soler (<i>Pitarra</i>)</p> <p>» M. Soriano</p>
<p>B.</p> <p>» Joaquín M.^a Bartrina</p> <p>» Gustavo A. Becquer</p> <p>» F. Bernaldez Romero</p> <p>» Daniel Blanco</p> <p>» Edmundo de C. Bonet</p> <p>» José Borrás.</p> <p>» José Brissa</p> <p>» E. Bustillo</p>	<p>M.</p> <p>» Fernando Manzano</p> <p>» Guy de Manpassant</p> <p>» Felix Mendez</p> <p>» Gabriel Merino</p> <p>» Apeles Mestres</p> <p>» J. Miralles y Gonzalez</p> <p>» Carlos Miranda</p> <p>» Julio Monreal</p>	<p>T.</p> <p>» Luis Taboada.</p> <p>» Mariano del Todo</p> <p>» J. Torres Reina</p>
<p>C.</p> <p>» Tomás Camacho</p> <p>» Ramón de Campoamor</p> <p>» Francisco Capella</p> <p>» Carlos C. Catalá</p> <p>» Ricardo J. Catarineu</p> <p>» Mariano de Cavia</p> <p>» José M.^a Codolosa</p> <p>» Antonio Cortón</p> <p>» Andrés Corzuelo</p>	<p>N.</p> <p>» Alejandro Nieto</p> <p>P.</p> <p>» Manuel del Palacio</p> <p>» J. Palanca Monzón</p> <p>» Manuel Paso</p> <p>» E. Perez Escrich</p> <p>» A. Perez Nieve</p> <p>» J. Perez Zúñiga</p> <p>» Jacinto Octavio Picón</p> <p>» Casimiro Prieto</p>	<p>V.</p> <p>» J. Vaca de Guzmán</p> <p>» Luis de Val</p> <p>» Martín del Valle</p> <p>» Julio Victor</p> <p>» E. Vilaret.</p> <p>Z.</p> <p>» J. Zahonero</p> <p>» E. Zamora Caballero</p>
<p>D.</p> <p>» Sinesio Delgado</p> <p>E.</p> <p>» José Echegaray</p> <p>» José Estremera</p>	<p>R.</p> <p>» Miguel Ramos Carrión</p> <p>» A. Ribot y Fontseré</p> <p>» Marcial de los Rios</p> <p>» J. Rodas</p> <p>» Angel R. Chavez</p> <p>» F. Roig y Bataller</p> <p>» J. Romero Germendia</p> <p>» Luis Royo Villanova</p> <p>» Ricardo Royo Villanova</p> <p>» Carlos Rubio</p> <p>» Salvador Rueda</p> <p>» Antonio L. Ruiz</p> <p>» Ventura Ruiz Aguilera</p>	<p>DIBUJANTES</p> <p>Carrasco.—Cilla.—Dalmau.—<i>Demócrito</i>.—Escaler.—Lago.—<i>Mecachis</i>.—<i>Melitón Gonzalez</i>.—Apeles Mestres.—Moya.—Pahissa.—Perez Argemí.—Pons.—Vella.—Villarejo.</p>
<p>F.</p> <p>» Manuel Fernandez y Gonzalez</p> <p>» J. Fernandez de la Reguera</p> <p>» Emilio Ferrari</p> <p>» Juan de la Cruz Ferrer</p> <p>G.</p> <p>» Eduardo García.</p> <p>» Antonio García Gu-tierrez</p> <p>» R. García Santisteban</p> <p>» Genaro Genovés.</p> <p>» <i>Melitón Gonzalez</i></p> <p>» Henri Greville</p> <p>» Anselmo Guerra.</p>	<p>S.</p> <p>» Eduardo S. Hérnua (<i>Mecachis</i>)</p> <p>» J. Tomás Salvany</p> <p>» A. Sanchez Perez</p> <p>» J. Sardá.</p> <p>» U. Segarra Balmaseda</p> <p>» Fernando Segura</p> <p>» José Selgas</p> <p>» Armando Silvestre</p>	<p>Pág.</p> <p>CARRASCO</p> <p>Estudio fisiológico 33</p> <p>Robo por partida doble 92</p> <p>Anuncio 368</p>
<p>H.</p> <p>» J. E. Hartzembusch</p> <p>I.</p> <p>» Francisco de A. Icaza</p> <p>» Fiacro Iraizos</p> <p>» José Ixart.</p> <p>J.</p> <p>» José Jackson Veyan</p>	<p>CILLA</p> <p>Portada del tomo 1</p> <p>Del cólera 19</p> <p>De oportunidad 30</p> <p>La historia eterna 36</p> <p>Un caso 77</p> <p>Quisicosas 140</p> <p>Leyendo el folletín 144</p> <p>Diálogos 152</p> <p>¿Qué diario leen? 164</p> <p>Hombre prevenido... 165</p> <p>Diálogos sueltos 180</p> <p>Los descarriamientos 200</p> <p>Trocar las armas 213</p> <p>Empresario complacien-te 228</p> <p>En el baile 244</p> <p>Billetes 260</p> <p>Naútica y amor 261</p> <p>Corazonada 276</p> <p>Portada 289</p> <p>Autógrafo de Ruiz Aguilera 302</p> <p>Invierno (alegoría) 324</p> <p>Lo que sueñan las mu-jeres 325</p>	

La comedia de la vida	340	Obcecaciones políticas	412	Personajes célebres	248	Petición	238
Idilio callejero	356	Por teléfono	420	Transformación	252	Diálogo	212
Revoltijo	360	Felicitación	436	Inventos no abes	264	Lo de Calaf	284
Escusa	437	De todo un poco	438	Táctica militar	268	El día de difuntos	296
¿A qué van Vdes. al monte?	444	HERÁCLITO		Reptil asqueroso	272	Detalles conyugales	396
DALMAU		Cuento científico	105	Cosas	277	Actualidades	420
Tute de caballos	253	LAGO		Epitafios	315 y 318	VELA	
DEMÓCRITO		Política europea	14	Esquela	328	Humorada	128
Miscelánea	72	Trozos musicales	109	Así va todo	348	Oriental	404
Los entarugados	124	Las canas en el ejército	156	Un fenómeno	349	VILLAREJO	
¡Valiente consuelo!	126	Muertos	291	Entrada de invierno	352	En la fonda	48
Consejo	141	En el Campo-santo	310	Diálogos	357		
ESCALER		Cosas de Portugal	333	Ellos y ellas	372		
Cupidinerías	6	MECACHIS		Contestación a una carta	376	RETRATOS	
¡Cataplum!	22	Un caso portentoso	8	Los apóstoles de ahora	408	contenidos en el presente tomo	
Galería artística	33, 56, 88, 89, 273 y 344	El primer retazo	44, 61 y 156	Milicia	421	(dibujados al lápiz por ESCALER)	
Un autógrafo	80	Anuncio	112	Indirectas	428	ACTORES Y ACTRICES	
¿Qué agua gastan?	93	Los que aman	220	Navando	440	Núms.	
Cantares	108	Los del sable	229	APELES MEJESTRES		Mlle. L. Labandière	162
Un hombre distraído	132	Precocidad	240	La música popular	5	Avelina Carrera	163
De viaje	148	Picadillo	245	Alegoría de Noviembre	299	Carmen Bernal	166
Bañistas	160	Cantar	256	MOYA		Elda Moroto	168
La central	168	El cólera	280	Ecos de la playa	205	Anita Muñoz	169
Percance poético	173	Frases célebres	423	Recuerdos de la playa	216	Cecilia Delgado	170
La luz del progreso	189	Geroglífico	432	Declaración	237	Balbina Valverde	171
En la calle de Pelayo	192	MELITON		Plaza de Toros	315	Cav. Flavio Andó	173
Tras la cruz...	204	Los elementos de tauro-máquina	3	Cosas del otro mundo	313	Emilia Esplá	174
Contradicciones	221	Vengauza eléctrica	16	PAHISSA		Pilar Clemente	178
Refranes	224	El cántaro roto	27	Los valores en Correos	11	Gabriel Sánchez Castilla	179
Rijos y Taulez	232	Los misterios de la ciencia	40	En el cementerio	312	Agapito Cuevas	182
¡A Calaf!	285	Acido cítrico y óxido de magnesia	52	PEREZ ARGEMÍ		Sofía Alvera	184
¡Hasta la vuelta!	288	Peripicias entre D. Refregio y D. Estimulante	68 y 69, 84 y 85, 100 y 101, 116 y 117	Revista de Noviembre	393	Candida Folgado	185
Retazos del Tenorio	294	Estimado amigo	184	PONS		Sicrid Arnoldson	186
Fantasia de Difuntos	304	La moda de ahora	188	El matrimonio en baños	24	ESCRITORES	
Dos tumbas	320	Cosas y cosas	196	La solución de la crisis	60	Ricardo J. Catarineu	164
Cuatro que cantan	332	Cómo ha de ser la mujer	196	En la Rambla	64	Narciso Oller	175
Pera Vd.	335	Un empleado de seis mil	237	Después del baño	76	PINTORES Y DIBUJANTES	
Un caso de hipnotismo	380			Modismos	96	Jost Gartner	165
Anuncios del almanaque	384, 400, 416, 448			Miscelánea	120	Modesto Urgell	167
La historia eterna	388			Música	136	Meliton Gonzalez	180
Arrimar el ascua	405			Los desafíos	145	José Cuchy	183
				Antaño y ogaño	172	MÚSICOS	
				Frases	176	Pablo Sarasate	172
				Lo que vá de ayer á hoy	181	MÉDICOS	
						Roberto Koch	188

